

# PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE LA UNIÓN 2003

Por Francisco J. Ródenas Rozas.

Cronista Oficial de La Unión (29-Nov.-2007).

Archivero del Excmo. Ayuntamiento de La  
Unión.

Iglesia Parroquial de Ntra. Sra. del Rosario.

La Unión, 29 de Marzo de 2003.

Reverendo Sr. Cura Párroco, Ilustrísimo Sr. Alcalde, Miembros de la Corporación Municipal y Autoridades, Hermano Mayor de la Ilustre Cofradía del Santísimo Cristo de los Mineros, Miembros de la Junta de Gobierno de la Cofradía, Agrupaciones de la Ilustre Cofradía del Santísimo Cristo de los Mineros con sus Presidentes, Hermanos cofrades, nazarenos, penitentes y caballeros portapasos Feligreses de la Parroquia de Ntra. Sra. del Rosario, Vecinos y Visitantes.

Mi agradecimiento a la Mesa de la Ilustre Cofradía del Santísimo Cristo de los Mineros por el encargo recibido de pregonar este año la Semana Santa en La Unión, privilegio inmerecido. Porque ilustre oficio es el de pregonero, recuperado por La Unión para anunciar sus acontecimientos más señalados. Así, nuestra ciudad ha dispuesto siempre de pregoneros de empleo y de ocasión para avisar sobre lo que merece la pena no perderse.

Además, hace siglo y pico, un tambor recorría las calles de La Unión para anunciar con toque arrebatado la celebración de procesiones. Tiempo después, una banda de música cumpliría la misma función interpretando la marcha de los judíos.

Hoy me corresponde ejercer de pregonero-tamborilero y acepto la responsabilidad como un honor, porque, en el siglo XXI, en la civilización de internet y del correo electrónico, mientras se escuche la voz del pregonero y el tañido de las campanas, podremos decir que no todo está perdido y que aún existe un trozo de mundo a la medida del hombre.

Afortunadamente, La Unión todavía se ajusta a este modelo de pueblo-ciudad de dimensión apropiada para la convivencia cercana y el cálido trato de vecindad. (Enhorabuena porque cada vez son menos los lugares que disfrutan de este privilegio).

Especialmente honrado por pregonar la Semana Santa unionense cuando conmemoramos dos aniversarios relevantes. Por una parte, el centenario de la inauguración de esta Iglesia del Rosario, magníficamente restaurada en nuestros días, templo nieto o quizá bisnieto de la primera ermita levantada en nuestro suelo hace más

de tres siglos. En efecto, hasta ese punto, trescientos años largos alcanza la memoria de las primeras pistas, indicios de religiosidad, sobre el solar que acabaría llamándose La Unión.

A finales del siglo XVII, en 1690, Don Fernando del Hoyo, Teniente General de Artillería, y su esposa Josefa Cifuentes, vecinos de Cartagena, comprometieron anualmente la cantidad de 5 ducados de vellón para sostener el gasto de una ermita que ya existía en la finca de su propiedad, en territorio del actual municipio minero, muy cerca de donde nos hallamos ahora. La advocación que dio título a aquel primer templo era ya la de Ntra. Sra. del Rosario. Esto significa que cuando La Unión no era La Unión, cuando las minas dormían un sueño de siglos desde la explotación romana, cuando Las Herrerías, este paraje, era considerado como "desierto árido y espantoso", espacio inhóspito sólo frecuentado por pastores y leñadores camino del monte, en medio de la nada, la Providencia había elegido este lugar y una Dama Blanca, Santa María del Rosario, ya nos estaba esperando aquí por los siglos, haciéndose presente en el vacío de la soledad.

Desde entonces, este vínculo misterioso, sutil pero irresistible, ha mantenido la piedad popular en nuestro suelo abriéndose paso entre el descreimiento y la indiferencia. Porque tengo que revelarles un secreto: esta misma religiosidad empujó a los vecinos de Portmán, a falta de medios, a celebrar misa en una Fábrica de Fundición. Y, tiempo más tarde, el templo en que nos hallamos y su plaza, en terrenos de las antiguas fundiciones Francesa y Santa Florentina nació de la generosidad de Román Sánchez y de Pedro Casciaro, personaje de novela. Era Casciaro empresario minero de apellido italiano pero de origen inglés, cuya estirpe había emigrado de Nápoles a Inglaterra en tiempos de Napoleón y cuyos intereses se extendían desde las minas de La Unión a las de Rusia. Casciaro cedió el solar a cambio de una placa con su nombre en la plaza de la futura iglesia, tal y como hoy ocurre.

Semana Santa del año 2003 en La Unión también señalada por otro aniversario singular: los 90 años de la imagen que hoy

conocemos como Cristo de los Mineros. La efigie del Crucificado que concita las devociones del pueblo de La Unión fue tallada por José Jeriqué en 1913 y nació como "Cristo de los Bomberos" de la religiosidad de la brigada local contra incendios. Así fue llamada - "de los Bomberos"- durante 45 años. Sólo desde la noche del Jueves Santo de 1958 pasó a denominarse "de los Mineros" hasta la fecha, curiosamente otros 45 años, repartida por igual su edad entre ambas advocaciones. Mitad y mitad en el 90° aniversario del Señor de la Mina.

Atrás en el tiempo, la catequesis que es cada procesión pudo comenzar a representarse sobre nuestro suelo, probablemente, hace más de dos siglos, de nuevo cuando La Unión no era La Unión, ni existía, ni se la esperaba. Aquellos primeros desfiles pasionarios partirían de la primitiva ermita de El Garbanzal, construida a principios del siglo XVIII. Así, un antiquísimo inventario de aquella iglesia nos revela la existencia de singulares vestiduras e imágenes "procesionables": "una túnica morada con galón de oro para Jesús Nazareno", un "Jesús en la columna" y un "Jesús Difunto". Con ellas, "la Virgen de la Soledad con un vestido encarnado ya usado, una corona de hojalata y un pañuelo de precio de 18 reales...".

Imaginamos aquellas efigies sobre tronos endebles, formando pasos primitivos, pequeños y ligeros, sobre andas, agitados con ritmo vacilante al son de una plegaria adivinada como murmullo. Otra música no hubo. Y en el trono una imagen pobremente vestida, quizá iluminada por unos faroles, levantada por fieles devotos y seguida por un puñado de sufridos penitentes. Suponemos que en aquellas primeras procesiones en El Garbanzal, hace doscientos años, no habría espectadores. Todos participarían de la misma liturgia verdadera, cortejo sin figurantes sólo poblado por los afanosos buscadores del don y del perdón...

Hipótesis garbanzaleña aparte, fue la fiebre minera desatada en la segunda mitad del siglo XIX la razón del impulso de los primeros desfiles pasionarios documentados en La Unión. Como no podía ser de otro modo, la iniciativa de aquellos cortejos tuvo su origen

en una fundición de mineral convertida en el primer centro cultural de la naciente villa, la Fabrica "San Juan Bautista" o "de los Morenos". En aquella sede singular, espacio real que la evocación construye como territorio de fábula, fantástico mundo de opereta, hace 140 años, la Familia Moreno, con Adolfo Bilbao y José Mellado, promovieron algunas empresas culturales excepcionales: conciertos, banda de música, recitales de piano y de guitarra...

Por cierto: en aquellas instalaciones fue pronunciado por vez primera el nombre de La Unión, nueva denominación del municipio, salida de compromiso para evitar las desavenencias entre los residentes en el viejo caserío de El Garbanzal y en el emergente poblado de Las Herrerías. Además, por lo que toca a nuestro asunto, en la tertulia de aquella factoría fueron concebidos los proyectos de fastuosas procesiones en la puebla minera, desfiles deslumbrantes para el momento, muestra de devoción y de espectáculo, cortejos de Miércoles y Viernes Santo, cuyo esplendor, durante algunos años, sólo halló parangón regional en las celebraciones de Murcia y de Lorca.

Desde entonces, historia de altibajos, el movimiento procesionista en La Unión ha vivido profundas crisis para renacer a continuación. Atraer visitantes para beneficio del comercio local. Tal fue durante muchos lustros el propósito declarado del movimiento procesionista en La Unión, patrocinado entonces por los gremios de la ciudad minera. En efecto, a principios del siglo XX, abierta la crisis de la minería, se pretende que el éxito de los desfiles pasionarios apunte la economía local en plena decadencia. A pesar de la penuria ambiental, es el momento de eclosión del asociacionismo procesionil. A la más antigua de las agrupaciones pasionarias, la Real Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, se suman las dedicadas a San Juan Evangelista, Santo Sepulcro y Virgen Dolorosa, así como la de San Pedro y la Verónica, con título real. De este periodo data el "Cristo de los Bomberos" (resulta sorprendente haber tenido que esperar a 1914 para que la pasionaria unionense pudiera procesionar a un Crucificado). Desde entonces, el Cristo, alzado como un

estandarte, concitará la mayor de las devociones del pueblo de La Unión, en su profunda identificación con el martirizado.

Veinte años, hasta finales de la década de 1940, duró el largo vacío procesional centrado por la crisis minera y la Guerra Civil. Los nuevos cortejos pretenden un modelo pasionario señalado por la identidad minera de la ciudad. La principal aportación en esta fase es la Procesión del Cristo de los Mineros en la noche del Jueves Santo, un solo paso escoltado por cientos de mineros portadores de carburos como únicos elementos alumbrantes del cortejo. Nuevas cofradías y desfiles: "la Verónica" de "los Estudiantes", la Samaritana... Por razón de edad, las procesiones que conocí siendo muy niño correspondieron a este ciclo, cerrado en 1967. Conservo de ellas el deslumbrante recuerdo de un vecino vestido de túnica, tocado de impresionante capuz, sobrecogedora estampa nocturna del capirote para un crío de cinco años. Más adelante, la liturgia doméstica de la devoción y del respeto reverencial por lo sagrado -que introducían las mujeres de la casa, la madre, la abuela- cuando, "guardando el luto del Viernes Santo", una voz advertía: "¡Ssssh!, ¡nene, baja la tele; que se ha muerto el Señor!".

Y la contemplación de los desfiles en la calle Quevedo, en casa de unos parientes. Desde entonces, la calle Quevedo es para mí la calle más recta del mundo y la vía pasionaria por excelencia de La Unión. Pisada de punta a cabo por las procesiones, forma parte, desde hace más de un siglo del trayecto de los cortejos pasionarios. Curiosamente, en los primeros tiempos, la calle Quevedo era recorrida por la comitiva a la inversa que en la actualidad; esto es, en sentido descendente hacia la calle Real. Desde principios del siglo XX viene siendo abordada como empinada cuesta, trazada por decenas de Miércoles, Jueves y Viernes Santos, herida abierta en el corazón de la ciudad, metáfora urbana de la lanzada incisa en el costado de Cristo. La estampa nocturna del Cristo agonizante por aquellas rampas, calle arriba, resulta de una belleza incomparable y constituye la más perfecta síntesis de arte y emoción de nuestras procesiones.

Modernamente, después de un cuarto de siglo de paréntesis, en la noche del Jueves Santo de 1992, fue inaugurado el actual ciclo procesional con el impulso inicial de la Asociación Cultural "Ciudad de La Unión" y la constitución de la "Ilustre Cofradía del Santísimo Cristo de los Mineros". Doce ediciones, cumplirá, por tanto, esta nueva fase en fechas próximas. En esta ocasión, el modelo pasionario, camino de la madurez, consiste en una sola cofradía con seis agrupaciones y ha encontrado inequívocas señas de identidad en la "definición minera" de los desfiles, jalonados por la presencia del herramental propio de los trabajos mineros y en la severa belleza plástica del conjunto.

Semana Santa en La Unión. Semana Santa para todos los hombres. Procesión de Palmas en el Domingo de Ramos: La Unión se hace Jerusalén en el recorrido entre los templos de El Garbanzal y de la antigua Herrerías, ramos de olivo y palmas, anuncio de la Victoria que está por llegar. Jueves Santo, liturgia del amor fraterno. Cristo entrega su testamento de caridad. Procesión del Cristo de los Mineros. La Unión se echa a la calle tras el rastro de amor del Crucificado. Viernes Santo: adoración de la Cruz recuperada por Cristo como instrumento de salvación. Solemne Procesión del Santo Entierro y Soledad de María. Interiorización del duelo que es promesa de Resurrección. Y la estampa de una cruz levantada en lo alto de un monte. Precisamente, si La Unión sabe de algo es de montes y de cruces, de montes ásperos y de cruces que hieren la vida en el corazón.

Llevo años preguntándome por el núcleo del ser de La Unión, por la almendra de nuestro inconsciente colectivo, por los atributos de la idiosincrasia unionense que nos distinguen de la conciencia comunitaria del vecino de Moratalla, de Aledo, de Jumilla o de Torre Pacheco. Y constato que uno de los rasgos incrustados en la sima más profunda de nuestro espíritu colectivo es un arraigado "sentimiento trágico de la vida". Esta inclinación nace de la acendrada conciencia de la muerte que ha sellado la historia de La Unión habitándola como una sombra, impregnando los corazones de quienes respiramos este aire mezclado con polvo de terrera.

Está, por un lado, la agónica relación del hombre con la mina y, en ella, la tensión de la vida entendida como combate, el mazazo de la muerte accidental o el lento desgaste de los pulmones convertidos en piedra, la precariedad de todos los esfuerzos, los vaivenes de la fortuna, los sucesivos períodos de auge y crisis de la minería. Finalmente, el cierre de las empresas del sector con su secuela de paro e incertidumbre ha construido una peculiar psicología social caracterizada por el escepticismo.

La legión de huérfanos y de viudas de mineros representa toda una institución oficialmente reconocida: trajes de luto, negro pañuelo a la cabeza, cuello humillado y alma desolada dibujan una estampa de épocas cercanas que todavía marca el semblante de muchos. Muy cerca, en nuestros días, modernas calamidades como la droga, en los pasados años ochenta y noventa, volvieron a enlutar muchas familias y a teñir de amargura el tejido social.

El resultado de todo este bagaje, de la especial impregnación por la muerte y sus zozobras de los vecinos de La Unión, ha sido el de caracteres recios, macerados por la adversidad, de especial hondura, curtidos en las "verdades esenciales de la vida" y abocados al desengaño. Para defenderse de esta vena jonda endurecida el unionense ha usado de la socarronería y del descreimiento como armas. En definitiva, el nudo de miles de destinos hilvanados así ha dispuesto una historia colectiva "profundamente existencial" de una intensidad, enjundia y sustancia incomparables en relación con la de otros enclaves de nuestro entorno.

En resumen, mucho se ha sufrido en este pueblo. Y así, porque La Unión sabe de dolencias, de la herida de la soledad, del hielo de la angustia, necesita de una respuesta ajustada a enemigo tan poderoso. El Cantar de los Cantares, atribuido al sabio rey Salomón, señala la réplica oportuna: "porque es fuerte el Amor como la Muerte...". El hombre, todos nosotros, expuesto al vértigo de la vida como milagro inexplicable, tan precario que angustia saberse. En efecto, sólo la novedad del Amor de Dios, culminante en la figura de Jesucristo sobre la cruz y revelada personalmente



puede curar al hombre de la angustia del sinsentido que asoma a diario.

Sois vosotros, procesionistas de La Unión, los encargados de dar cuerpo a esta liturgia viva mediante la catequesis en movimiento que escenifica la procesión, valiosas catequesis plásticas, plenas de belleza. De este modo, la procesión es un instrumento válido en tanto que apunta al Misterio Pascual, su finalidad no se agota en sí misma.

El hombre frente al misterio del amor de Dios. Eso es la Semana Santa. Porque la razón humana no puede atrapar toda la realidad. Frente a la evidencia de lo tangible, de lo visible, del 2 más dos son cuatro, existe otra realidad, tan cierta como la primera, a la que llamamos misterio (en realidad, el mundo es un gran océano proceloso de misterio). Sólo a partir de la intuición es posible aprehender el misterio de lo trascendente y, desde la intuición a la fe en un Dios vivo que se revela como Padre Providente en medio del mundo.

Vivir la Semana Santa en cristiano consiste en asomarse a la ventana del misterio para vislumbrar la otra orilla, la del amor más allá de la muerte, la del amor más fuerte que la muerte; es decir, la de la muerte vencida en Cristo. Sólo quien lo probó lo sabe: ésa es la "otra orilla" que la razón no podrá abarcar por sí misma sin el auxilio de la Revelación admitida por la intuición en humildad. Dicho de otro modo: en La Unión sabemos que el monte más áspero puede estar cuajado de rico mineral. Sin embargo, muchos desconocen todavía que, bajo la cruz del sufrimiento personal de cada día, se halla un tesoro escondido que sólo en la Iglesia se puede descubrir. Por eso, la más sincera procesión siempre "va por dentro", nace de la conversión personal, no se reduce al brillo de oropel.

En la pasada Semana Santa, año 2002, fui testigo de un hecho singular. Como recordáis, debido al mal tiempo, no hubo procesión de Jueves Santo, sino un solo desfile en la noche del Viernes. Además, estando en obras el Templo del Rosario, la

comitiva se recogió en la Plaza Joaquín Costa, frente al antiguo Mercado Público, tronos e imágenes camino de las naves de la Maquinista. Todos menos la efigie del Cristo. Desprendido de su trono con esmero absoluto, hacia las 2 de la madrugada, el Crucificado, dispuesto en horizontal, fue llevado en volandas por un grupo de sus portapasos por la calle Mayor hasta la capilla del Asilo Colegio de Carmelitas donde residió hasta la reinauguración del Templo.

Aquella estampa encerraba una viva lección. El efecto visual era que el enorme crucifijo con el Señor de la Mina tiraba de sus portadores arrastrándolos a la carrera y no al revés. No conducimos a Cristo. Es Él quien, como luz, nos guía. Así se descubre un nuevo aspecto de la catequesis ambulante que discurre por La Unión bajo la luna llena de Abril. Tampoco sois vosotros, fieles de la Dolorosa y de la Soledad, portapasos de la Caridad, quienes levantáis a la Virgen. Es ella, principio de salvación, quien os empuja... Ni vosotros, devotos portapasos sanjuanistas, sois quienes alzáis al apóstol predilecto. Muy al contrario, es el evangelista portavoz de la Buena Noticia el que os sostiene y quien señala, brazo en alto, a Cristo crucificado, como única verdad. Lo ha escrito José Saramago, Premio Nobel de Literatura, en una intuición genial: "en rigor, no tomamos decisiones, son las decisiones las que nos toman a nosotros...".

Verdaderamente, La Unión necesita esta Semana Santa. La Unión necesita esta Pascua de Resurrección como luminosa respuesta al miedo, a la desesperanza, y al cansancio de quienes, en nuestra ciudad, aún no hallan respuesta a tanta frustración acumulada. Miremos también más allá, porque no puede haber Semana Santa sin celebración de la Resurrección. El Domingo de Pascua de Resurrección da sentido a cuanto celebramos en los días anteriores. Tal es la respuesta: Cristo. San Pedro lo anunció con una fuerza que estremece: "No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos...".

En este sentido, cofrades de La Unión, planteo una sugerencia: completar el ciclo pasionario con el necesario testimonio de la

Resurrección en una nueva procesión, la procesión del Resucitado, que sirva para hacer presente por las calles de La Unión el acontecimiento central de la salvación del Hombre, culminación de las celebraciones de Jueves y Viernes Santo. Curiosamente, en más de 130 años de procesiones en La Unión, sólo hubo una "Procesión del Resucitado", en 1956.

En efecto, La Unión necesita esta Semana como principio de esperanza. Lo mejor de todo es que, como Cristo, como María, como San Juan, la Verónica y la Magdalena por las calles de nuestra ciudad, la Pascua del Resucitado sale a nuestro encuentro para empujarnos y arrastrarnos con Él, motor del Universo. Como a nuestro San Juan nos corresponde alzar el brazo para señalar lo que merece la pena. Cuando los medios de comunicación entontecen a la sociedad afanándose por cultivar una moral social fundada en el chisme, cuando la insidia y el cotilleo se apoderan del país bajo el "síndrome Gran Hermano", frente a la frivolidad y banalidad generalizadas, contra la falta de profundidad y al avance de la pereza mental, ahora más que nunca, cuando -además- el fracaso de la guerra suma injusticia sobre injusticia, en el imperio de la cultura de la muerte y del culto al hedonismo, de la adoración del dinero y del afán de notoriedad, es necesario recuperar el pulso de pueblo profundo que nos ha caracterizado e inundar las calles de La Unión con el testimonio de que sólo la Verdad puede hacernos enteramente libres.

La ciencia asegura en nuestros días que el universo entero nació de un estallido formidable, el "Big-bang". No es por nada, pero hace tiempo que esto se sabía en La Unión: que la precisa explosión bajo tierra de un barreno bien emboquillado podía producir riqueza, y más trabajo, y más vida; que la primavera, nuestra primavera, no se asoma sin más, sino que revienta en toda regla para generar más energía. De igual modo, los cristianos celebramos en esta Semana Santa primaveral que Alguien nos regaló la Vida con mayúsculas haciendo reventar la muerte, destruyéndola en el escondrijo de una tumba eficaz como una trampa.

Así pues, Nazarenos y Sanjuanistas, devotos de la Dolorosa y de la Caridad, enlutados del Cristo y de la Soledad, pueblo de La Unión, la Semana Santa sale a nuestro encuentro por las calles, pero, sobre todo, va en busca del alma atribulada, a los surcos del corazón, en la espera del consuelo de la Vida Nueva ganada por Cristo para todos. Que el Cristo de los Mineros, vencedor de la muerte del cuerpo y del alma, nos colme a todos de esperanza y de alegría. Salgamos a su encuentro dejándonos llevar por Él.

MUCHAS GRACIAS